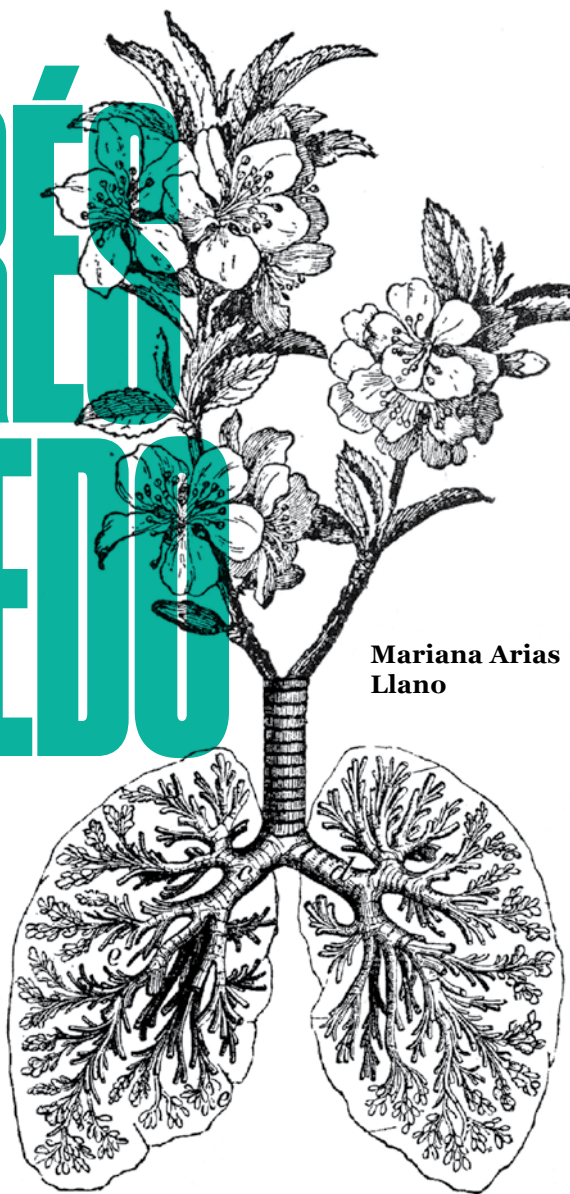


ANDRÉS CAICEDO

FUE MI
SALBUTAMOL
EXISTENCIAL



Mariana Arias
Llano

“Tú diste luz al sendero / En mi noche sin fortuna / Iluminando mi cielo / Como un rayito claro de luna / Rayito de luna blanca / Que iluminas mi camino / Así es tu amor en mi vida / La verdad de mi destino”, cantan Los Panchos, y mientras me arrullo con sus melodías de antaño, anochece en la misma ciudad donde Caicedo paseó su tristeza, donde yo paseo la mía, donde

tantas siluetas espectrales pasean la suya, sin que nadie adivine cuán resquebrajada va su alma. *Ella va triste y vacía*, como dice la canción de Héctor Lavoe, tan bailada y recorrida... y así mismo va Cali.

Andresito nació un 29 de septiembre, corriendo el año 1951. Se fue por su propia voluntad a una edad en la que tantos desfasados han jurado irse, sobre todo después de que él se fue, un

poco por imitar a su ídolo de juventud, por sentirse parte de una vanguardia de poetas malditos del siglo XX o por agotamiento. Sí, es que vivir cansa y para un cerebro precoz, mucho más.

Andrés Caicedo se fue y yéndose, podemos decir que las Moiras causaron un dolor irreparable en el corazón de Cali. Por qué habrán cortado los hilos, nunca lo sabremos. Lo dejaron irse, al muy desdichado. Andrés se suicidó. De mucho ver, quizá. De mucho sentir, también. De haber experimentado en demasía todos los excesos, valga la redundancia. De haber vislumbrado una vejez poco acorde a sus ideales de juventud. De desamor. De pronto fueron todas las anteriores o ninguna. Elucubrar sobre los motivos de un suicida siempre es una tarea infértil y a mi manera de ver, una falta de respeto.

Trato de acallar el flujo incesante de consideraciones que me asaltan. Ya casi empieza a oler a lirios en Cali; es la hora en que se mecen los árboles de mango y la luna persigue a los peatones. Ojalá tuviera motivos para quedarme en casa, pero siento la necesidad imperiosa de salir a pasear. Ese aroma es la ofrenda nocturna por excelencia de los árboles que se yerquen cerca a mi casa, eternos. Salir a caminar sin rumbo y perderse en la noche se hace mandatorio.

Paseando por esta Avenida Sexta tan mundana, con sus estancos y fritanquerías, sus discotecas de mala muerte donde huele a guaro, almizcle rebovinado con luces de colores y fin del mundo, tomo conciencia una vez más de que estoy andando las mismas calles que caminó otrora el pelilargo de gafas más *sui generis* que haya existido en esta comarca del trópico.

Y me siento bien. Me siento bien, porque desde la preadolescencia ha sido mi alter ego de ultratumba. Andrés Caicedo fue uno de mis primeros amores. Pero por lo que más lo quiero, es porque fue uno de mis primeros amigos de verdad. En sus libros hallé sosiego; uno retorcido que me hizo entender de manera sutil que yo no estaba sola. O bueno, sí que lo estaba. **“Ya yo estoy desengañado-a / Qué mala es la humanidad / Por los muchos sufrimientos / Que yo he pasado / En esta vida / Y por eso digo ahora / No se pongan bravos / [...] / A mí lo mismo me da / Que me quieran o no / Porque yo tengo mi casa / [...] Y yo no soy de las masas / Yo soy de mi guaguancó”**. (Richie Ray & Bobby Cruz, *Guaguancó Raro*).

Mientras camino, bajando o subiendo lomas, como si pudiera medirse el *Ennui*, —o aburrimiento con A mayúscula traducido a idioma criollo— en el asfalto fluctuante, pienso en qué más me ha enseñado Andrés Caicedo a lo largo de la vida.

Devolvámonos a aquellos tiempos. Usaba gafas, brackets, me hacían bullying en ese nido de víboras, digo, en mi colegio, por ser considerada poco agraciada y nerd *in extremis*. Nunca encajé. Me parecían aburridas las niñas, nunca entendí su obsesión con jugar a la casita ni con muñecas y a veces me pregunto si no será eso lo que me predispuso a amar el cinismo de Johnny Cash y de Lemmy Kilmister en mi edad adulta. Los niños más raros eran mis mejores amigos; nunca los vi como “tragas” o intereses románticos versión infancia, sino como lo que fuimos y seguimos siendo: contertulios y

hermanos. Me daban alergia las fiestas y la música “de niñas”. Me enteré de la existencia de Shakira en un recreo comiendo *bonyur*, por una fatal coincidencia. Terminé comprando el disco de *Pies Descalzados* en un afán desesperado de mimetizarme, que obvio fracasó.

La verdad, lo que me encantaba era escuchar los cassettes de rock de mi Mamá. Todos estaban marcados con lapicero azul y había de todo, desde los Rolling Stones hasta Queen, pasando por Jethro Tull, Patti Smith y los Beatles. Años después, sintiéndome rebelde en la alborada de mis 11 años, me sabía algunas canciones de Iron Maiden y esperaba ansiosa a que pasaran el video de *Run To The Hills* en alguno de los pocos canales de la época mientras devoraba Angelitos Empantanados. Desde niña me “cogía la tristeza mayor, la que (me) definía; no esa inquietud de los otros días”, como a Antonio Rodante.

Una tristeza honda a la cual sólo logré sobrevivir hundiéndome todavía más, pero en libros y melodías hasta que logré ver el fondo de todas las cosas: nítido y en su negra esencia de ébano casi hostigante, porque las verdades también empalagan. La gente de mi generación, hijos del mestizaje tanto “racial” como social, no tenemos que viajar a otra ciudad en esta misma para poder cantar y bailar *Indestructible*, de Ray Barretto, llenos de gozo. La ponemos en YouTube o cuando tenemos suerte, le decimos a nuestros padres que nos dejen poner el vinilo. Cosa muy diferente en los 70, que Andrés vivió y que yo sólo adivino en libros, música y anécdotas.

Andrés Caicedo me hizo sentir acompañada; sus personajes me hicieron

vivir así fuera por vía interpuesta, y el sólo hecho de ver otros Solano Patiño como yo en el papel, hizo que yo misma dinamitara mi miedo a Ser. La gente piensa que Ser es una obviedad, pero no lo es. Atreverse a Ser, así con una pretenciosa y remotamente sartriana S, es uno de los proyectos de vida más subversivos. A veces se paga caro, casi siempre con la soledad.

Recuerdo que cuando volvía triste a casa sintiéndome agobiada por las lluvias de letales apodos en el colegio y lo hostil de la gente, mi Mamá siempre me reconfortaba diciéndome que la belleza estaba adentro, en el corazón y el intelecto. Y yo esperaba de manera no menos apesadumbrada la hora en que el patito feo se volviera cisne, como dice el dicho. Pero era impaciente. Quería ver qué me deparaba la vida y a la vez me daba pánico vivir.

Mi odio al mundo era potenciado por un asma rampante, solo aliviada por inhaladores, prednisolonas, trasnochos maternos, y por una precoz fagocitación de los cuentos de Edgar Allan Poe, así como por una torpeza crónica a la hora de socializar y mi ignorancia crasa en asuntos de Nintendo. Esa era yo. Nunca me creí mejor que nadie, solo diferente. Leer a Caicedo fue una de las tantas chispas que fui encontrando en el camino para poder mandar todas las angustias sociales a donde pertenecen: a la Nada misma. Empoderamiento existencial gracias a la literatura. Verse al espejo y tener la voluntad de querer defender a ese individuo que nos mira perplejo sin saber cómo afrontar la vida. Se siente como sacar las garras por el derecho inalienable a ser, arrancárselo al mundo a como dé lugar, porque pedir permiso de ser es una entelequia.

“

ANDRÉS CAICEDO ME HIZO SENTIR ACOMPAÑADA; SUS PERSONAJES ME HICIERON VIVIR ASÍ FUERA POR VÍA INTERPUESTA

”

Gracias a la lectura de Caicedo, aprendí que no tiene nada de vergonzoso arañar neurosis, tenerle cierto cariño al vacío, y rechazar lo fatuo. Asumí que es esa la verdad de mi vida. Somos cisnes incomprendidos, desterrados mentales de las cárceles de la normalidad... Andrés fue cisne, porque puro fue su hastío y sincera su pluma desesperada. Cisne, cisne, cisne.

Andrés Caicedo me enseñó que siempre debe hablarse de Cali. Hablar y mostrarla. Contemplarla. Verla. Así como París tuvo a Truffaut aquí tuvimos a Mayolo y a Caicedo para mostrarnos estas calles bajo otra óptica. De Cali hay que hablar en todas partes, no por chauvinismo escueto y regionalismo rancio, sino porque Cali es mágica. A mí me gusta que se hable de Cali, que se ame a Cali, que se odie a Cali, que se hable de ella para bien, para mal, para lo oscuro y lo paroxístico. Hay que hablar de los desdichados, de los redimidos, de los corazones rotos y de los que después del desastre pasaron a ser mosaicos pegados a punta de *ega* y *mela*. La brisa crepuscular de Cali es uno de los pocos síntomas de cordura de nuestra querida ciudad. Su río es reminiscencia y origen de cielo pleno-azulado cuyas piedras a veces se presantan de espejo para los arreboles naranjas y verdes, pulpa de lulo escurriendo

en esas aguas impregnadas de guadua fermentándose en siglos de vigía.

Me gusta ver a Cali donde sea, a la hora que sea, porque la quiero con las entrañas al igual que muchas veces la repudí con el más refinado de los ascos; creo que como todos los que hemos sentido la desgarradura en estas tierras. Pero la magia de Cali es que Cali lo cura a uno de todo mal; la ausculto como su Hija y como extranjera a la vez, ya que sentí la pena durante 14 años “cuando al frente de mí sus montañas no vi”. (Grupo Niche, *Cali Pachanguero*).

Andrés decía que Cali era una ciudad que esperaba, pero que no le abría la puerta a los desesperados. En eso discrepo totalmente. Cali es como un bautizo, un ritual antiguo de donde uno sale nuevo después de comer chontaduro con miel y sal, tomar lulada, rumbear hasta que el calendario cesa y el reloj se arruina y entonces uno se da cuenta de que al fin de cuentas a todos los angelitos empantanados nos llega la hora de ser felices.

Andrés Caicedo y su obra son hoy en día leídos en todos los colegios, su nombre se pronuncia de boca en boca e incluso en ciertas revistas algunos piden que no se hable más de él, que la juventud está cansada y que volteemos la página. Y por tenaz que pueda

parecer, en otros sectores que sí no se vanaglorian de muy hípsters ni de muy modernos, quieren censurar su obra.

En simultánea, su hermana Rosario camina el mundo protegiendo su legado con ese corazón grande y esa sonrisa amplia. ¿Qué puedo decir de esto? Que a Andrés lo volvieron *persona mayor y hombre respetable*, condición ontológica contra la cual despotricó, en sus propias palabras. Pero en la raíz siempre será literatura de proscritos, manjar de los que no encajaremos nunca. A todos los íconos les pasa. El *mainstream* los recupera con o sin razón, pero muchos de sus postulados o de su razón de ser seguirán siendo incomprendidos. Aún así, Andrés Caicedo y su obra es de todos. Pienso que parte de su gran belleza es que tiene diferentes grados de lectura y le sigue llegando a públicos heteróclitos, con historias de vida tan disímiles como esta Cali que nunca será post-feudal y que aún no supera la división nort-sur; esta Cali tan morena y tan trigueña que se siente tan Miami.

Andrés Caicedo siempre vivirá, aunque haya muerto (tan) joven. Siempre vivirá en las manos ávidas que devoran sus páginas como un soplo desafortado de vida. Repicar, repicar, repicar. Música de los que no capitulan, a no ser que sea a punta de *Lluvia con Nieve* o que *los ate la arache*, pero en todo caso en las *noches sin fortuna* siempre tendremos la Música. Siempre tendremos la rumba emancipadora que nos disuelva las penas del alma, a nosotros que hemos elegido quedarnos y vivir horas extras, a los que aprendimos a ver la belleza en aquella “vida con luz negra” que no ha de ser una “anti-vida” sino más bien un grito de guerra vitalista. Ya que la

respuesta a la pregunta de *Angie*, de los Rolling Stones, de cuándo desaparecerán todas estas nubes, es inunca! Por eso no tenemos otra alternativa más que aprender a vivir. Y vivir bien. Mezclar abismos con algarabía.

Adelántate a la muerte, precísale una cita.

— ANDRÉS CAICEDO ESTELA

María Arias Llano

